

Cal en tierra desmarado,
Y aunque casi muerto, oía
Las divinas amenazas;
Cuando en mi acuerdo volvía,
Incliné al cielo los ojos,
Ante Dios por mi osadía,
Diciendo:— Señor, conozco
El mal ejemplo y doctrina
Que he dado en tu santa casa;
Mas por tu bondad infinita
Propongo de aquí adelante
Enmendar mi mala vida.
Bien conozco que á ofenderos
Mi vil pasión se encamina,
Mas vuestra misericordia
De instante á instante me avisa,
Y á cada paso me llama,
Y yo ciego en mi porfía,
Aunque contra vos pequé,
Si de aquí salgo con vida,
Le echaré la bendición
Al mundo y sus tropelías.
—Ea, amparadme, Dios mio!—
Y entre angustias y fatigas,
Asido de las paredes,
Fuime á casa, y repartía
Dineros, joyas y alhajas.
La ropa de mas estima
Le regalé á mi criado,
Y abrazándole, decía:
—Ea, leal compañero!
Lisardo perdió la vida;
Yo propio le vi matar,
Que te daré señas fijas:
Yo le acompañé en su entierro,
Yo asistí mientras se hacían
Sus exequias en la iglesia.
Amigo del alma mia,
Ya no nos veremos mas,
Porque ya Dios me destina
A pasar en penitencia
Lo restante de mi vida.
Mañana irás al convento,
Dando á Teodora noticia:
Dirás lo que me ha pasado,
Que reflexione su vida,
Y que me encomiende á Dios;
Que todo el tiempo que viva
No me verán mas sus ojos.—
Con lágrimas repetidas
Estas razones le dije
Por última despedida.
Hasta aquí llegó la historia,
Todo esto es la verdad fija:
Adios, Carlos, y si acaso
Mis suspiros te lastiman,
Pide á Dios que nos defienda
De tentaciones nocivas.

(Lisardo el estudiante, etc. Pliego suelto.)

1275.

GRISELDA Y GUALTERO.—I.

(Anónimo 1.)

Atiéndame el auditorio
Mientras con dulces palabras
Y muy suaves acentos
Aquesta historia se canta:
Présteme todos silencio
Con benevolencia grata,
Para poder comprender
Lo que mi lengua relata.
Atiéndanme...; pero es fuerza
Que en cualquier obra que se haga,
Se ponga un buen fundamento
Para que salga acertada;
Y así el auxilio imploramos
De la Virgen soberana,

Que con tan luciente estrella,
Mi musa, aunque muy turbada,
Cobrando aliento daré
Principio á esta historia rara.
Hubo de sangre muy noble
Un gran marques en la Italia,
Dueño de muchos lugares,
Que Gualtero se llamaba,
En su trato muy afable,
Y de condicion muy llana.
Era el tal marques soltero,
Y aficionado á la caza
De tal modo, que por ella
Toda diversion dejaba.
En esto se entretenía,
Y por vivir á sus anchas
No deliberó el casarse;
Pero como de tan clara
Sangre su casa venía,
Porque sucesion dejara,
Deseaban sus vasallos
Ver si su señor gustaba
En elegir nuevo estado.
Dispusieron que llegara
El que mas de su cariño
Fuese, y del caso le hablara,
Y de esta suerte estaria
Su intencion declarada.
Al punto lo ejecutaron,
Pues fué uno de ellos y lo llama
Aparte, y así le dice:
—Gran señor, cierto me holgara
Que tomaras mi consejo;
Bien sabes que á la tirana,
Azote de los mortales,
Somos, porque Dios lo manda,
Sujetos, y puede ser
Que al golpe de su guadaña
El día mas descuidado
Rindas tu vida á la parca;
Y pues tenemos señor
De sangre tan sublimada,
Todos fuéramos gustosos,
Gran señor, que te casaras,
Por lograr un sucesor
Que cual vos nos gobernara.—
Prudente el Marques responde
Estas siguientes palabras:
—Que sea yo desposado
Contra mi gusto, se haga;
Mas ya que tal intentais,
En lo que digo repara,
Que la que eligiere esposa,
Bien sea noble ó villana,
Ahora ni en tiempo ninguno
Le habeis de negar la cara,
Pues debe como señora
De todos ser respetada:
En ti les respondo á todos,
Ve, díles las circunstancias.—
El mensajero responde
Con razones muy urbanas:
—Agora yo soy, señor,
El que empeña su palabra
Por todos los de la corte.—
La condicion otorgada,
El Marques le prometió
El darles gusto sin falta.
Cerca del palacio habia
Unas aldeas que estaban
Como cosa de dos tiros
Distantes de las murallas,
Y cuando con los monteros
Solía salir á caza,
El Marques algunas tardes
Aquel sitio frecuentaba,
Y habia puesto los ojos
En cierta honesta muchacha
Que en una de estas aldeas

Tenia albergue y morada,
Hija de un labrador pobre
Que Janiculo llamaban,
Tan bizarra y tan hermosa,
Que era otra segunda Pálas.
Griselda, que este era el nombre
De aquesta hermosa muchacha,
Humilde unas ovejuelas
De su padre apacentaba,
Y para no perder tiempo,
Cuidadosa de su casa,
Mientras pacía el ganado
Con su rueca hilando andaba.
Vióla el Marques muchas veces,
Y aficionado á su gala
Dispuso casar con ella:
Dió á sus vasallos con llana
Voluntad, citado el día,
Para que se divulgara
El festivo desposorio
De su señor, y fué tanta
La alegría que tuvieron,
Que cada cual deseaba
Aquel día tan dichoso;
Pero todos ignoraban
Quién pudiese ser la novia
Y mientras que se pasaba
Aquel limitado tiempo,
A medida de otra dama
De talle como Griselda
Hizo Gualtero las galas
Y adornos de una princesa,
Con joyas muy sublimadas.
Llegó el día, y convocóse
Toda su noble comarca,
Y en magníficas carrozas
Siguen á Gualtero, y pasan
A aquel sitio que antes dije.
A este tiempo que llegaban,
Griselda tambien venía
Con un cántaro de agua,
Y dejándolo de prisa,
Salió con otras muchachas
A ver del Marques la novia,
Y Gualtero con palabras
Halagüeñas, por su nombre
Llamándola, así le habla:
—Griselda, ¿dó está tu padre?—
Y Griselda con voz baja
Le responde:— Señor mio,
Mi padre está dentro en casa.—
Apéñese el caballero,
Y dijo á los que llevaba
Que un poco se detuviesen,
Que saldria sin tardanza.
Entróse solo allí dentro;
Con el padre se encontraba
De Griselda, y le saluda,
Y de esta suerte le habla:
—Janiculo, muy bien sabes
Que eres mi vasallo, y tanta
Voluntad tengo á tu hija,
Que dispongo de tomarla
Por esposa, si es tu gusto;
Mas juzgo que repugnancia
No habrá alguna, puesto que eres
Dichoso en esta embajada:
Tu respuesta espero ahora.—
Y con vergüenza sobrada
Janiculo le responde:
— Señor, no merezco nada;
Mas si gustais de este empleo,
Vuestra voluntad se haga.
—Llamala al punto, le dice,
Que quiero hablar dos palabras
Con ella, á ver si es gustosa.—
Y Janiculo la llama.
Vino Griselda corriendo
A ver lo que le mandaba

Su padre, y el caballero
Le dice:— Griselda amada,
¿Tú gustas de ser mi esposa?—
Y ella responde turbada:
— Señor mio, ¿yo tu esposa?
No gastes conmigo chanzas;
Que soy pobre, y diferentes
Son tu palacio y mi casa.—
Conoció en esto Gualtero
Que ella se consideraba
Indigna de un tal empleo,
Y le dice estas palabras:
—Dime, ¿tú serás contenta
En todo cuanto yo haga?—
Y ella respondió:— Señor,
Si de improviso mandaras
Que me quitara la vida
Con la muerte mas amarga
Que bárbaros intentasen,
No romperé mi constancia.
—Bastante has dicho con eso.—
Dijo, y al instante manda
A dos dueñas que traía,
Que la ropa que llevaba
La quitasen, y vistiesen
De aquellas costosas galas
Que traían prevenidas,
Y muy en breve la saca
Ataviada y compuesta
A la puerta, y en voz alta
Dijo:— Esta es mi consorte,
Esta es la que destinada
Tengo ya hace mucho tiempo
Para ser mi esposa amada.—
Esto que todos oyeron,
Los sombreros y las capas
Por los aires se extendían,
Con vítores y alabanzas,
Pues su señor les cumplía
El gusto que deseaban.
A Griselda la pusieron
En un coche, y luego marchan
A la ciudad diligentes,
En donde alegre se casa
El Marques. Pero ¿qué gozo!
Qué júbilo! qué alabanzas!
Qué placeres! qué alegrías
Qué toros, juegos de cañas
Qué comedias! qué deleites
Por la corte celebraban!
Quede pues en la alegría
Aquesta primera plana,
Que en la segunda prometo,
De penas, aunque calladas,
Darle á mi auditorio atento
Una noticia muy larga.

(Griselda y Gualtero, Pliego suelto.)

El argumento de este romance y los dos que le siguen, se ha tomado de la novela última que puso el famoso Juan Boccaccio en su *Decimeron*. Es una de las mejores del autor, y tan célebre y popular, que su asunto ha corrido la Europa, tomando todas las formas que caben en la poesia. En Italia, en Francia, en Inglaterra, en España, mas de una vez han sido la constante Griselda y su esposo el marques de Saluzo objeto y asunto de poemas y de dramas célebres, entre los cuales se halla el que Lope de Vega escribió con título del *Ejemplo de casadas y prueba de paciencia*. Quizá Boccaccio tomó su asunto de algun cuento popular conservado por la tradicion doméstica; pero bajo su pluma elegante adquirió toda su brillantez, y la celebridad que lo coloca entre las obras clásicas que el arte hizo mas populares, que lo eran bajo las formas rudas con que se idearon primitivamente.

1274.

GRISELDA Y GUALTERO.—II.

(Anónimo.)

Ya dije con cuántas glorias
Con el invicto Gualtero

Quedó Griselda casada,
Que fué de constancia ejemplo.
Atencion, oyentes míos,
Otra vez á encargar vuelvo,
Porque son muy diferentes
Los casos; que si primero
Fué contento y alegría,
Ahora es pena y sentimiento.
Dejo aparte la alegría
De los cuatro años primeros
De su feliz matrimonio,
Y vamos ahora de nuevo
A referir los pesares.
A los dos años tuvieron
Una hija, que en belleza
Quita al sol sus rayos bellos.
Celebróse de la infanta
El dichoso nacimiento
Con universal aplauso,
Aunque gustara Gualtero
Mucho mas que fuera infante
Por la quietud de sus pueblos.
Crió Griselda la niña
Con cariño y á sus pechos
Por espacio de dos años,
Y al cabo quiso Gualtero
Probar la fina constancia
De su esposa, y muy severo
Entró al cuarto donde estaba
De esta manera diciendo:
—Ya te acordarás, Griselda,
De tu ya pasado tiempo
Cuándo veniste á mi casa,
Y de aquel ofrecimiento
Que delante de tu padre
Me hiciste, que en ningún tiempo
Me habías de dar disgusto;
Y así has de tener por cierto
Que de nuestro matrimonio
Hubo muchos descontentos,
Y despues de haber parido
Mas disgustados los veo,
Porque dicen que no quieren
Sujetarse á los respetos
De tu hija, que aunque sea
Hija de un señor tan bueno,
Nieta es tambien de un villano,
Como es Janiculo; creo
Lo tendrás bien en memoria,
Y así tengo ya dispuesto
Por la concordia y la paz
De mis vasallos, que luego
Salga tu hija de casa,
Y esto ha de ser al momento.—
A que respondió Griselda
Su muestra de sentimiento:
— Señor, de mi y de mi hija
Sois vos el perpetuo dueño;
Haz, dispon, manda y ordena,
Que yo siempre á tu precepto
Estoy firme y muy dispuesta.—
Al punto mandó Gualtero
A un criado, que llegase
Y la infanta con despego
Quite á su madre, y la saque
De su presencia al momento.
Fué el criado diligente,
Entróse en el aposento,
Y viéndole la señora,
Pensó su intencion, y luego
Tomó en brazos á la niña,
Y la persignó, diciendo:
— Dios te libre de desgracia.—
En el rostro la dió un beso,
Y al criado se la entrega,
Quien salió del aposento.
Notad, oyentes amados,
La congoja y sentimiento
Que en el corazón Griselda

Tendría, y con todo eso
No se vió mudanza alguna
En su diamantino pecho.
Fué el criado donde estaba
Su amo, dispuso luego
La llevasen á Bolonia,
Donde tenia Gualtero
Una hermana, que casada
Era con un caballero
Llamado el conde Panicio,
Y encargó que con secreto
A su hija la criasen
Con aquellos documentos
Que entre los nobles se usan
En la educacion; mas de esto
Nada sabia Griselda,
Pues iba con tal silencio,
Que aun de si era muerta ó viva
No le dió cuenta Gualtero.
Y cuando fué Dios servido,
Un bello infante tuvieron,
Hermoso á las maravillas,
Y con los mismos cortejos
Que la infanta, fué aplaudido;
Pero cuando llegó el tiempo
De poder ya destetarlo,
Con otra industria, Gualtero
La constancia de su esposa
Quiso probarla de nuevo.
Entró donde estaba sola,
Y como quien de veneno
Está encendido, la dice:
—Quitar ese niño quiero
De mi presencia, pues ambos
Sois el primer fundamento
De mi pundonor perdido,
Y muchos estar sujetos
A mi persona rehusan,
Y á tu hijo, por lo ménos,
En ningún tiempo darán
De hijo de marques respeto;
Salga pues luego de casa.—
Y con semblante risueño
Dijo Griselda:— Señor,
Ya os dije que mi deseo
Y mi mayor alegría
Es daros gusto completo
En todo, y así mandad
Lo que tuvierais dispuesto,
Que todo cuanto á vos plazca
Me place á mi, pues no temo
Perder á otro sino á vos.—
Estas palabras oyendo,
Se salió y llamó al criado
Diciéndole que al momento
Yaya y le quite el infante
De los brazos. ¡Qué tormento!
Fué el criado, y la señora,
Persignando al niño bello,
Lo besó, no sin gran pena,
Aunque festivo y sereno
Manifestaba el semblante.
Dió al criado el niño, y luego
Del aposento se sale,
Y en las manos de Gualtero
Se lo entrega, el cual lo envía
A Bolonia, con el mismo
Encargo, que le criase
Su cuñado con secreto.
Pasáronse algunos años,
Que sin sus dos hijos bellos
La triste Griselda estaba;
Pero ningún sentimiento
En su rostro conocian,
Y aunque alguna vez Gualtero
Se los nombraba, por ver
Si ella haria algun extremo
O demostraba la pena,
Jamás consiguió su intento.

Luego despues un rumor
Se suscitó por el reino,
Pues decían del Marques
Que estaba muy descontento
De su desigual estado
De matrimonio, y por eso
Ocultaba á sus dos hijos,
Que nadie sabia de ellos:
Y de allí á muy breves dias
Otras noticias se oyeron
Por la corte: que el Marques
Al Papa envió un pliego,
Para ver si repudiando
La esposa que le dió el cielo,
Podriase casar con otra,
Por la quietud y sosiego
De su familia y vasallos;
Y despues tomó mas cuerpo,
Que el despacho vuelto habia
Dispensado, permitiendo
Casase el Marques con otra.
Tales noticias corriendo,
Empezóse á divulgar,
Y se prefijaba el tiempo
Cuando vendria la novia
Del Marques, y con acuerdo
Le remitió con sigilo
Unos renglones Gualtero
A Panicio, que llevase
Sus dos hijos al momento,
Señalando el día lizo
Por lograr mejor su intento.
Por fin, un día el Marques,
Estando todo el congreso
Convocado, hizo llamasen
A Griselda, y con severo
Semblante, de aquesta forma
La dijo:—Tened por cierto,
Esposa mia, que el mundo
Da muchas vueltas; por eso
A muy pocos es constante
La fortuna, porque vemos
Cada día que un señor
De noble sangre y dinero,
Vestido de mucha pompa,
De la fortuna á un tropiezo,
Se sujeta y avasalla
A ser un humilde siervo.
Y pues licencia del Papa
Para repudiarte tengo,
Y mi nueva esposa viene,
Tú has de salir sin remedio
De palacio, y entregarle
A la que venga tu empleo;
Y mas no te has de llevar
De mi palacio, que el mismo
bote que tú me trajiste.—
Estas palabras oyendo,
Dijo Griselda:— Señor,
Cuando desnuda algun tiempo
De mis vestidos humildes,
Vesti los preciosos vuestros,
Me despojé de ser dueña
De mi misma, y con contento
Me vesti de la humildad
Para con vos, á quien debo
Tantas finezas, y siempre
Con humilde rendimiento
Por la mas dichosa viuda
Me tendré de aqueste reino,
Por haber logrado ser
Esposa de tan buen dueño.
Solo te pido y suplico,
Para que vaya cubierto
Este vientre que engendró
A mis dos hijos y vuestros,
Me dejéis esta camisa
Para salir por el pueblo,
Hasta llegar á la casa

De mi padre.— Y no pudiendo
Gualtero de enternecido
Contener su sentimiento,
Con lágrimas en los ojos
Le volvió el rostro diciendo:
—Llévatela.—Y apartóse
De su vista. Aquí pues, dejo
La historia, y en otra parte
Remataré este suceso.

(Griselda y Gualtero, Pliego suelto.)

1275.

GRISELDA Y GUALTERO.—III.

(Anónimo.)

Pues conté en la primer parte
Mil placeres y alegrías,
Y tambien en la segunda
Ansias, penas y fatigas,
En la tercera prometo
Manifestar convertida
La pena en doblados gozos,
Y el dolor en mayor dicha.
Ya dije con qué despojo,
Con qué especie de ignominia
Quedó la triste Griselda
De su esposo despedida,
Desnuda de los vestidos
Con que sus carnes cubria.
De pié y de pierna descalza,
De palacio se salia;
Mas no sola, que llevaba
Tantos en su compañía,
Que de toda aquella corte
El concurso mayor iba.
Hombres, mujeres y ancianos
Ricos, pobres, niños, niñas
Los unos de sentimiento
Sus corazones partian.
Otros las piedras regaban
Con lágrimas que vertian;
Todos el dolor acerbo
De su señora sentian,
Y la afligida Griselda
Siempre mostrando alegría.
Amargamente lloraban
Todos cuantos la veían,
Ella á todos consolaba,
Y de esta suerte decia:
— No lloreis, pues yo no pierdo
Cosa alguna propia mia;
Que en pobreza y desnudez
Pasé la flor de mi vida,
Y si tuve esta ventura,
La Providencia divina
Me la dió para que ahora
Me sirva de mas fatiga.
No siento el perder las grandes
Riquezas que poseia;
Solo siento el ausentarme
Del esposo de mi vida.
Este dolor me atribula,
Esta pena me fatiga,
Esta congoja me ofende
Y esta afliccion me contrista.—
Con las palabras que hablaba
Las piedras enternecia,
Y al murmullo que formaban
Los que en su compañía iban
De sollozos y suspiros,
Ayes que al viento esparcian,
Por las calles que pasaban
A las ventanas salian,
Acompañando su llanto.
Llegó por fin la noticia
Al padre, que salió en breve
A recibir á su hija.
Viendo que en tan deshonesto

Traje entre el tumulto iba,
Llegó á ella, y con penosas
Ansias la dijo: — Hija mía,
No te aflijas, pues yo tengo
En un rincón escondida
La ropa que te quitaste
Cuando de gala vestida
Te saliste de mi casa
Con contento y alegría,
Para ser feliz esposa
Del Marques, que tu desdicha
Sola esa fué.— Y ella dijo:
— Padre mio de mi vida,
No fui yo la desdichada,
Que quien tuvo la desdicha
Fué mi esposo, que casóse
Con una que no valía.
Tanto como él: esa fué
Mi fortuna y su desdicha;
Y para aliviar su pena,
No obstante de que yo viva,
Permite el Papa otra esposa
A mi esposo, porque sirva
De paz y quietud á todos.
Yo vengo con alegría
A vuestra casa, señor,
Para volver á la vida,
Como fueron sus principios,
Entre pobreza metida.—
Llévose el padre á casa,
Y de humilde pastorcita
Tomó otra vez el vestido.
Pasados algunos días
Envió el marques Gualtero
A la aldea referida
Un paje, y dijo á Griselda
Que esté en palacio á otro día
De mañana, porque importa.
Viendo nueva tan precisa,
Dó el sí, y el mensajero
Para palacio volvía.
Fué Griselda, y á su esposo,
Cuando presente le mira,
Con humildad cariñosa
De esta suerte le decía:
— Mándame, esposo y señor,
En que humillada te sirva,
Que mi gusto es complacerte.—
Dijo Gualtero: — Pues mira,
Mañana viene mi esposa
Con toda su comitiva;
Tú has de disponer las mesas
Para la boda lucida.—
Hízolo con humildad;
¡Quién del caso no se admira!
A otro día de mañana
Llegó la gran comitiva
Con la novia del Marques.
Salió pues á recibirla
Aquel Job en la paciencia,
Y dióla la bienvenida,
Como los demás, alegre.
¡Oh pasmosa maravilla!
Sentáronse á comer,
Y ella á la mesa servía,
Donde fueron asistidos
Con la ostentación debida.
Y habiendo dado á Dios gracias,
Dijo el Marques que quería
Hacer allí unas preguntas,
Que no dejasen sus sillas.
Llamó entonces á Griselda,
Y amoroso la decía:
— Griselda, ¿qué te parece
De mi esposa? ¿No es muy linda?
¿No es agraciada? ¿No es bella
Su perfección, y no es cifra
De la hermosura su cuerpo?—
Y ella entonces de rodillas,

Dijo delante de todos:
— Señor, juzgo que en mi vida
No he visto ni espero ver,
Ni el claro sol que registra
Con sus reflejos lucientes
Desde su esfera lucida
Todo el contorno del mundo,
Juzgo que no tendrá vista
Otra copia semejante
A mi señora; y permita
Su Majestad que os goceis
En amable compañía
Muchos años, y despues,
Al partir de aquesta vida,
Goceis en la eterna gloria
Las celestiales delicias.—
Viendo la humildad tan grande,
Tan singular y crecida
De su esposa, levantóse,
Y abrazándola decía,
Vertiendo sus ojos perlas,
Que por la mesa corrian:
— De tu gran lealtad, Griselda,
Hartas pruebas tengo vistas,
Y no deseo ver mas;
Tú eres sola la querida,
Tú eres sola la estimada,
Que la que presente miras
Y la tienes por mi esposa.—
Es nuestra querida hija,
Y nuestro hijo el mancebo
Que por cuñado tenias;
Con que cuanto imaginabas
Tener perdido, este día
Lo recuperaste junto.
Vuelve en placer la fatiga,
Vuelve en gozo la tristeza;
Y ahora, esposa querida,
Perdon te pido de haberlo
Hecho tantas ignominias.
Y sepan cuantos pensaban
Que á mi esposa pretendían
Arrojarla de mi casa
Y aborrecido la había,
Que es engañosa su idea;
Pues sí fué una acción impropia
Mostrar con ella despejo,
Fué alarde con que quería
Acrisolar su constancia:
Y pues la tengo ya vista,
Perdon delante de todos
Pido á mi esposa ofendida:
A mis hijos oculté,
Privándome de su vista
Por ver su resignación;
Y las amargas noticias
Para mi querida esposa,
Que por la corte corrian,
Yo las fingí, y nadie tiene
De esto culpa, toda es mía.—
¡Ay cielos! No hallo palabras
Con qué explicar la alegría
Que todos los de la corte
Tuvieron en este día.
A los padres de Griselda
Llevaron con excesiva
Pompa y grandeza á palacio
Donde hicieron exquisitas
Fiestas, saraos, comedias
Y despues de concluidas
Todos quedaron en paz
Y en conformidad unida.
Ea, señoras mujeres,
Pues os presento á la vista
Este espejo de Griselda,
Tomad de él ejemplar vida.
No es decir que los hombres
A fuerza de la codicia
De ser dueños, se adelanten

A querer ser homicidas;
Que fué la mujer primera
Formada de una costilla,
Para darnos á entender
La inmensa sabiduría,
Que la mujer no es cabeza,
Sino amable compañía,
Pues cerca del corazón
Fué la materia escogida
Para formarla, y así
Debe ser muy excesiva
La paz y unión entre ambos,
Siempre tan de asiento fija,
Como la ley de Dios manda
Y la Iglesia nos lo avisa.
Y aquí el perdon de sus faltas
Pide la pluma rendida.

(Griselda y Gualtero, Pliego suelto.)

1276.

DON JAIME DE ARAGON Y LA CALAVERA.— I.
(De Juan Dionisio¹.)

Remonte el vuelo mi pluma
Hasta la region mas alta
Del viento, donde lucida
Brille, dando á aquesta plana
El mas feliz desempeño,
Con que sea celebrada,
Dando principio al sucesor
Mas admirable que narra
En sus anales el tiempo
Y las historias pasadas.
Un noble hijo de Toledo,
A quien Don Martin llamaban,
Ansioso de adelantar
Los blasones de su casa,
Pasó á Flandes á servir
En las tropas celebradas
Del católico Felipe,
Español y real monarca.
Este pundonor ardiente
Le obligó á que se ausentara
De su patria, y de la vista
De una bellissima dama,
Prima suya, á quien atento
Con fineza galanteaba,
Y elegida para esposa
Tenia con dulces ansias.
Determinó amante y fino
Restituirse á su patria,
Y en un navio ligero
Surcó las ondas saladas;
Pero se le opuso adversa
La fortuna, tan contraria,
De un temporal iracundo,
Que al impetu de las aguas,
En bien deshechos fragmentos
Deshecha la nave se halla.
Don Martin libró, valido
De la piedad de una tabla,
Y otro amigo, que llegando
A la orilla deseada,
Humildes y agradecidos,
Rindieron al cielo gracias.
Admirados y confusos,
Discurrieron la campaña,
Solicitando saber
Qué tierra es la que pisaban.
Subieron á un alto cerro
Que empinado se levanta,
Descubriendo de su altura
Muchos campos de labranza,
Caserías y jardines
Con muy cristalinas aguas.
Alentados con tal vista,
Del cerro al llano se bajan,
Procurando refugiarse

T. XVI.

Al abrigo de las casas.
Iban los dos discurriendo
Sobre su total desgracia,
Cuando á un lado del camino
Vieron una hermosa estancia,
O castillo muy vistoso,
Y cerca de él paseaba
Un bizarro caballero,
Como su aspecto mostraba.
Tenia un rico vestido
Con alamares de plata,
Y un gaban de terciopelo
Carmesí, que le ilustraba,
Con pasamanos de oro,
Todo á la española usanza.
Alegres los caminantes
Con vista tan deseada,
Le dieron gracias á Dios,
Porque tímidos se hallaban,
Pensando fuese de moros
El terreno que pisaban.
Se encaminaron alegres
Hacia donde el tal estaba,
El cual se paró á esperarlos,
Y ya que cerca se hallaban
Los dos, corteses y afables
Con gusto le saludaban;
A que les correspondió
Con cariñosas palabras.
Le contaron su fortuna;
Discreto los consolaba,
Y con gran galantería
Al castillo los llevaba.
Le preguntaron curiosos
De la tierra donde estaban,
Y el caballero les dijo:
— La Gran-Canaria se llama.—
Entrados en el castillo,
Discurrieron varias salas
De muy ricas colgaduras,
Vistosamente adornadas:
Dos doncellas muy hermosas
Con presteza luces sacan,
A las que mandó su dueño
Avisasen á su ama
Que mandase disponer
Dos limpias y blandas camas,
En una pieza las dos,
Y la cena aderezaran.
Les pidió que se sentasen,
Y él una silla ocupaba.
Pero aquí experimentaron
Dos cosas, cierto bien raras,
Y fué sacar una llave,
Y que á un criado la daba,
El cual abriendo una puerta
Que habia dentro la sala,
Salió de ella una mujer;
Y por la puerta contraria,
Dando admiración á todos,
Vieron salir dos criadas
Alumbrando á una feroz
Negra, con costosas galas,
A quien dijo el caballero
Con atenciones urbanas:
— Seas, mi bien, bien venida,
Siéntate á mi lado, amada.—
A tiempo que la infelice
Que ya dejó mencionada,
Vestida de un sayo tosco
Y una toca corta y basta
De lino, y en las dos manos
Una calavera infausta,
Humilde bajo la mesa
Se metió, donde le echaban
Los huesos y desperdicios
De la mesa, y levantada
La negra, se despidió,
Sirviéndola las criadas;

18

Y la infausta referida
Salió del sitio en que estaba,
Y un criado le sirvió
En la calavera el agua,
La que bebió, y retiróse
A la referida estancia,
Con que, cerrando la puerta,
Al caballero entregaba
La llave; y los dos, notando
Variedades tan extrañas,
Prudentes disimularon,
Sin poder hablar palabra;
Lo que notó el caballero,
Y á los dos les declaraba
El motivo que tenía
Para afligir á la dama,
Diciendo en breves razones:
—Sabed pues que á mí me llaman
Don Jaime de Aragón: siendo
De catalana prosapia
Mi padre, por un disgusto
De la mayor circunstancia,
Le fué preciso ausentarse;
Abandonando la patria
Se embarcó, y una tormenta
Con la nave al traves daba
En esta isla, y saliendo
A tierra, se refugiaba
En la ciudad capital
Que llaman la Gran-Canaria.
Andándose paseando,
Vió una doncella gallarda,
De la cual se enamoró,
Y en fin con ella se casa.
Un hijo tuvieron solo,
Que soy yo, y viendo cifrada
De Marte la valentía
En mi juventud bizarra,
Gracias le rinden al cielo;
Y cuando á la edad llegaba
De los años diez y ocho,
A mis padres suplicaba
Tuviesen por bien pasase
A Flandes á sentar plaza.
Licencia me concedieron,
Y con dineros y galas
En breve tiempo me hallé
En Bruselas celebrada,
En donde plaza senté;
Y estando un día de guardia
Discurriendo en varias cosas
Con otros seis camaradas,
A mí se acercó un anciano
Pidiendo que le escuchara.
Apartéme, y un papel
Escrito en letra muy clara
Me entregó, que lo leyese
Y le diese de palabra
La respuesta. Abríle al punto,
Y á leerle comenzaba;
Decía: «Español, tu talle
» Junto con las demas gracias
» Que el cielo te concedió,
» Son el motivo y la causa
» Para desear hablarte;
» Si te atreves, á mi casa
» Vendrás con las condiciones
» Que señale el que te habla;
» Y si no, te pesará
» La venida, y esto calla.
» Dios te guarde.» Así decía
La confusísima carta.
Le respondí al portador
Cómo yo pronto me hallaba
A obedecer del papel
Las confusas circunstancias.
Me respondí: —Para el logro
De este suceso, me aguarda
Aquí á las diez de la noche

Sin alguno en tu compañía.—
Desprecié todo temor,
Y mas que me aseguraba
El astuto mensajero
Que riesgo no había en nada.
Tocó las diez el reloj,
Y apenas fuéron tocadas,
Cuando en un veloz caballo
El mensajero llegaba.
Se apeó con lijereza,
Y la vista me tapaba
Con un lienzo, y me asegura
Que ningún cuidado traiga.
Monté en el veloz caballo,
Y el mensajero á las ancas,
Empezando á caminar,
Sin mirar por dónde andaba.
Al cabo de media hora
Ya llegamos á una casa,
Donde hizo desmontarme,
Y por la mano me entraba.
Subimos una escalera,
Atravesando tres salas:
Al fin de una me entregó
A otra mano delicada,
La que me entró mas adentro,
Y con palabras pausadas
Me mandó que me sentase,
Y la venda me quitaba;
Pero fué ocioso querer
Conocer con quién hablaba,
Porque todo estaba oscuro;
Y en este tiempo la dama
Dió un suspiro, y cariñosa
Estas razones relata:
—¡Ay, Don Jaime de mi vida!
Tendrás por acción liviana
Mi amorosa travesura,
Siendo tú de ella la causa!
Tu garbo, tu gentileza,
Tu bizarría y tu gala
Me estimula á ejecutar
Esta acción en todo extraña;
Aunque resistencia he hecho
Procurando el excusarla,
Posible, señor, no ha sido,
Porque amor vuela con alas.
Para conseguir alegres
El logro de mi esperanza,
Has de guardar el secreto,
Sin que á ningún camarada
Revelés de este suceso
El fin, fundamento ó causa.
Si lo callas gozarás
Mis finezas duplicadas.—
Animado mi cuidado,
Cobré aliento en tanta calma,
Procurando por el tacto
Conocer con quién hablaba,
A la que consideré
Ser Venus, Diana ó Pálas.
En el romance segundo
Juan Dionisio con voz clara
Continuará este suceso,
Porque la pluma se cansa.

(Don Jaime de Aragón, etc. Pliego suelto.)

* Aunque revestido del carácter español el asunto de este romance y los dos siguientes, no deja de percibirse en ellos el tipo de los cuentos orientales, y aun situaciones de ellos tomadas casi á la letra. Entre nuestros novelistas predomina mucho el espíritu de las leyendas y tradiciones que los árabes dejaron por legado en Francia, Italia y en España, pues aquellos y los persas trasladaron y vulgarizaron las leyendas sancritas á su lengua, acomodándola á sus costumbres y á su religión. Casi todos los cuentos y novelas de los siglos medios tienen este origen; y en ellos se percibe, por mas que se hayan alterado, acomodado y mezclado con el espíritu de otros usos y civilizaciones. Los árabes hicieron mahometanas las fábulas sancritas, y los europeos católicas y caballerescas.

1277.

DON JAIME DE ARAGON Y LA CALAVERA.—II.

(De Juan Dionisio.)

Prosiguiendo de esta historia
El discurso comenzado
Digo que Don Jaime alegre
Con el suceso pasado
De amor, pues que cariñosa
La dama se ha demostrado,
La prometió de guardarla
El secreto, y con halagos,
Con ternezas y cariños
Se mantuvo disfrutando
Favores, que la ocasion
Dió lugar sin embarazo.
Y ya que le pareció
Que era justo retirarnos,
Me dió un bolsillo muy grande,
Advirtiéndome á mi cuidado
No faltase de acudir
Al puesto, donde el criado
Me citó y me señaló,
Como ya dejo explicado.
Me volví á vendar los ojos,
Y tomándome la mano,
Me fué guiando á la puerta
Por donde ya había entrado,
Y al criado me entregó,
Con que bajando hasta el patio,
Con cuidadoso silencio
Monté en el veloz caballo.
Como sucedió primero,
Anduvimos caminando;
Atravesando mil calles
Venimos de largo espacio
A dar al puesto primero
En donde había montado.
Despidióse el escudero,
Y á mi posada llegando,
Abrió el bolsillo y hallé
Del oro mas acendrado
Una preciosa cadena
Del valor de mil ducados;
Dos sortijas de diamantes,
Y cien doblones de á cuatro.
Absorto me hallé á la vista
De tan singular regalo,
Dándole á mi buena dicha
Gracias por lo ejecutado.
Reconoci por las prendas
Que era persona de garbo,
Con que salí á la mañana
Con la cadena adornado.
Jugaba y vestía bien,
Convidaba á los soldados,
Y en hosterías gastaba
Sin reparar, á lo largo.
Mis amigos me decían
De dónde había sacado
Tanto dinero y alhajas,
O qué Indias había hallado;
Pero yo satisfacía
Sus maliciosos cuidados,
Diciéndoles que mi padre
De España me lo ha enviado.
Continué en la estratagema,
De doblones bien colmado,
Con que empezó la malicia
A usar discursos villanos,
Pues en dichos y corrillos
Ya de ladron me imputaron,
Hasta que Don Baltasar,
Camarada muy honrado,
En diversas ocasiones
Que de mí estaban hablando
Volvió por mí como amigo;
Pero ya de oír cansado,
Una tarde que ambos solos,

Nos ibamos paseando,
Me dijo: —El quereros bien,
Y como amigo-estimaros,
Me obliga aquí solamente
A que os diga que notado
Sois de todos, porque os ven
En caudal adelantado.
Discurre mil novedades
Cada uno, contemplando
De vos dónde ó de qué suerte
Adquiris dinero tanto.
Que hurtais dicen claramente;
Y hallándome interesado
En tu honor, por la amistad
Estrecha que profesamos,
Me cabe á mi del ultraje
La misma parte; y en tanto,
A ley de amigo leal,
Me has de revelar el caso.—
Reime con gran reposo,
Y Don Baltasar, notando
Ver en risa convertido
Lo serio de su cuidado,
Me apretó de tal manera,
Que en la amistad confiado,
Por no causar mas sospechas
Le di de lo relatado
Larga cuenta; á que confuso,
Suspense, como admirado,
Me dijo: —¿Cómo es posible
Que ignoreis, Don Jaime, tanto
Que no sepais con certeza
Aquella casa ó palacio?
Para la noche es preciso,
Sin que lo sienta el criado,
Lleveis oculta una esponja
Mojada en sangre en un vaso,
Y señalaréis la puerta,
Con que, andando con cuidado,
La casa conoceremos.—
Así fué determinado.
Logré á la noche gozar
Los deleites principados,
Y con la esponja, al descuido
Dejé el puesto señalado.
Retiréme á mi cuartel,
Y siendo ya día claro,
Don Baltasar y yo fuimos
Por la ciudad, y cansados,
Volviéndonos hácia casa,
Con la señal encontramos
Cerca de mi habitación
Como unos noventa pasos.
Era un palacio opulento
De un príncipe potentado,
Que sola tenía una hija
Viuda, un raro milagro
De belleza y hermosura,
En quien recaía el Estado
Al fin de sus cortos días;
Y de todo esto informados,
Aguardámos á la noche,
En que la hora llegando
Monté con el escudero,
Como estaba acostumbrado,
Estando Don Baltasar
Todo el suceso notando.
Mi dama me recibió
Con duplicados halagos,
A quien yo le supliqué
Permitiése en breve espacio
Dejarse ver; ella atenta
Condescendió con agrado.
Entró á otra pieza, y sacó
En sus blanquísimas manos
Una bujía encendida,
Y yo atónico y pasmado,
Viendo su rara hermosura,
La veneré por milagro.

—Ya me ves, me dijo alegre:
 Quiera el cielo soberano
 No sea para perderme.
 Sabe, Jaime, que me llamo
 Madama Lucrecia, siendo
 Mi nobilísimo Estado
 El principado de Erne,
 De quien princesa me aclamo.
 Mi padre es anciano y solo,
 Con que heredera me hallo
 De su dilatada hacienda
 Y riquísimos Estados:
 Con ellos te colmaré,
 Haciéndote dueño amado
 De todo lo que posco.—
 Aquí yo regocijado,
 Con palabras amorosas
 Gracias le rendí humillado.
 Ausentéme de su cielo,
 Y en mi casa sosegado
 Le conté á Don Baltasar
 Todo cuanto había pasado.
 A la siguiente mañana
 Salimos los dos paseando,
 Y con juventud lozana
 A las ventanas mirando,
 Dimos continuadas vueltas
 Del día todo el espacio,
 Deseando ver la vista
 De aquel sol idolatrado.
 Cansados, hácia el cuartel
 Alegres nos retiráramos,
 Y mientras Don Baltasar
 Entró á desnudarse al cuarto,
 Se acercó á mi una mujer
 Con mascarilla tapado
 El rostro, y en claro idioma
 Español me habló bien claro,
 Diciendo con gravedad
 Las palabras que relato:
 —Mal aconsejado mozo,
 Salte, sin mas dilatarlo,
 Con la mayor brevedad
 De la ciudad, sin reparo,
 Porque te importa la vida,
 Y esta noche decretado
 Está el fallo: quien lo ordena
 Es quien mas te ha idolatrado:
 De lástima esto te aviso;—
 Y se ausentó en breve espacio.
 Quedé absorto con tal nueva,
 El suceso contemplando.
 Di aviso á Don Baltasar
 De lo que me había pasado
 Con la mujer encubierta,
 Y los dos considerando
 Si sería estratagema,
 Unánimes aguardámos
 A que cerrase la noche
 Extendiendo el negro manto.
 Apenas dieron las diez,
 Cuando me fui acompañado
 De Don Baltasar mi amigo,
 Al puesto ya relatado.
 Dieron las once, y no vino
 El escudero nombrado.
 Yo, cuidadoso en extremo,
 A Don Baltasar le hago
 Se retire, por si fuese
 El escudero embarazo.
 Apenas lo ejecutó,
 Cuando salen embozados
 Seis hombres con las espadas
 Desnudas, y me cercaron.
 Diciendo: —Muere.— Y apenas
 Este dicho pronunciaron,
 Cuando cerraron conmigo
 Con un valor extremado;
 Mas con juveniles bríos

Me defendía bizarro.
 Ellos viendo que duraba
 Sin descaecer un paso,
 Sacó uno una pistola,
 Y el gatillo levantando,
 Me disparó, sin que fuese
 Capaz para embarazarlo,
 Con tres balas me pasó
 Todo el lagarto del brazo.
 Caí con ansias mortales;
 Mas Don Baltasar hourado
 Acudió lijeramente,
 Con cuyo auxilio cesaron
 Mis contrarios en su intento,
 Y en breve se retiraron.
 Ayúdome á levantar
 Y hácia el cuartel caminámos,
 En donde con brevedad
 Vino á verme un cirujano,
 El que me curó al instante
 Con amistoso cuidado.
 Ya libre de esta zozobra,
 Convaleciente me hallo,
 Y saliendo á pasearme
 Con mi camarada honrado,
 Llegó el Sargento mayor,
 Y me dijo con espacio:
 —Sepa usted que el General
 Le participe ha mandado
 Se salga usted de Bruselas,
 Por estar determinado,
 Quien dió principio al suceso
 Que una vez ha comenzado,
 A darle fin con la vida,
 Y así conviene ausentarse.—
 Esto me dijo el Mayor:
 Yo, haciendo discursos varios,
 Dispuse pues mi viaje,
 Retirándome hácia el patrio
 Suelo, donde, despedido
 De Don Baltasar, me parto.
 En Dunquerque me embarqué,
 Del amor escarmentado,
 Y engolfados en sus olas,
 Viento en popa navegámos.
 Suspendiendo Juan Dionisio
 El discurso comenzado,
 Hasta la parte tercera,
 Donde dará fin el caso.

(Don Jaime de Aragon, Pliego suelto.)

1278.

DON JAIME DE ARAGON Y LA CALAVERA.— III.

(De Juan Dionisio.)

Deseando concluir
 Este suceso admirable,
 Digo que con grande gusto,
 Surcando cerúleos mares,
 Arribó á la Gran-Canaria
 El referido Don Jaime,
 Quien atento satisfizo
 A sus huéspedes afables,
 Diciendo: —Despues, señores,
 Que concluí mi viaje,
 Recogido en la ciudad,
 Deseoso de quietarme,
 Resolví tomar estado,
 Y en triunfos matrimoniales
 Unir de dos corazones
 Dos distintas voluntades.
 Un día vi en cierto templo
 La hermosa copia de un ángel,
 De un serafín el dibujo,
 En una hermosura afable,
 En una rara belleza,
 En una Venus brillante,
 En una doncella airosa,

Que, asistida de su madre,
 Con recato al sacrificio
 Asistian venerables.
 Procuré saber quién fuesen,
 E informado de sus partes,
 Supe que eran gente noble,
 Aunque de cortos caudales;
 Que Elena, que este es el nombre
 De esa mujer miserable
 Que habeis notado, era hija
 De Doña Beatriz Gonzalez,
 Viuda honesta y conocida
 Por sus partes estimables,
 Que sola esta hija tenia,
 Con quien intenté casarme,
 Rendido á sus ojos bellos,
 Luceros predominantes.
 Por medio de un religioso
 Alcancé el sí de la madre,
 Y en himeneo gustoso
 Logré ser esposo amante
 De Elena, la que gozosa,
 Viendo su aumento tan grande,
 Repitió gracias al cielo
 Por tales felicidades.
 Alegre vivía y gustoso,
 Entre delicias amantes,
 Retirado á esta alquería,
 De Flora estancia fragante.
 Aquí mi alegre familia
 Disfrutó cariños grandes
 De las dulzuras de Elena,
 A quien atienden amantes.
 Considerando piadoso
 El estado miserable
 En que la fea pobreza
 Trae á hombres principales,
 Un primo de mi consorte,
 Deseando adelantarse
 Siguió las letras atento,
 Con intencion de ordenarse.
 Notando su buen intento,
 Piadoso á casa le trae
 Mi generoso cuidado,
 Porque en ella procurase
 Adelantar y lograr
 Sus deseos vigilantes.
 En mi casa asistió el fiero,
 Desagradecido, infame,
 Causa de todas mis penas
 Y archivo de mis pesares,
 Viviendo yo descuidado
 De zozobras y de males,
 Seguro de que lograba
 De amor el laurel triunfante.
 Sucedia algunas veces
 De venirme varias tardes
 A la ciudad, donde en ella
 Cuatro ó seis dias cabales
 Me detenía sin ver
 A mi esposa tan amante.
 Cuando volvía la hallaba
 Toda llena de pesares,
 Maldiciendo de la ausencia
 Las causas inevitables,
 Y con lágrimas regaba
 De un lienzo la blanca margen.
 Por ocupacion precisa
 Fuéme fuerza el ausentarme,
 Y estarme cerca de un mes
 Cuidando de mis caudales;
 Cuando volviendo á esta quinta
 A la vista de mi amante
 Esposa, la que halagüena
 Embozando falsedades,
 Me echó los brazos al cuello,
 Maldiciendo el dilatarse
 Tanto mi vista á sus ojos;
 Y yo siempre mas constante,

La consolaba, y alegre
 Procuraba desvelarme.
 Un día que descuidado
 Me hallaba, me llamó aparte
 Esa negra que habeis visto
 Y con aparato grave,
 Me dijo: — Mi buen señor,
 Cierito no quisiera darte
 Sentimiento ni disgusto;
 Pero no quiero ocultarte
 La maldad mas horrorosa
 Que me precisa explicarte.
 Sabe pues que mi señora,
 Ciega, torpe é ignorante,
 Viciosamente te ofende,
 Manchando tu honor brillante
 Con su primo, quien ocupa
 Tu lecho cuando tú haces
 Ausencia, y en deshonestos
 Deleites los dos contraen
 El delito mas atroz
 Que yo puedo declararte.—
 Oyendo tales razones,
 Estuve para quitarle
 La vida á la precursora
 De mis precisos pesares.
 Le mandé que con silencio
 Lo que me ha dicho ocultase,
 Mientras yo de mi venganza
 Fomentaba la admirable
 Forma; y así en breve tiempo
 Al infiel y vil amante
 Quemé vivo, y la cabeza
 Le corté porque aumentase
 Mas crecido el sentimiento
 A la aurora de mis males.
 Despedí algunos criados,
 Y á mi esposa, alevé, infame,
 Desnude de sus vestidos
 Y aderezos de diamantes,
 Reduciéndola á lo estrecho
 Del adorno que notasteis,
 Y aquella funesta sombra
 Dispuse que la acompañe
 En la muerte, pues fué en vida
 Ella quien pudo agravarme.
 Pague pues su liviandad
 Y falta de fe constante.
 A la negra la hice dueña,
 Por su lealtad tan grande,
 De joyas, galas, preseas,
 Y el mas precioso homenaje.
 Esta goza mis caricias,
 Esta logra eternizarse
 En el templo de mi fe,
 Como su divina imagen.
 Este es, nobles caballeros,
 El suceso formidable,
 La mas peregrina historia
 Y el caso mas admirable.—
 Estando en estas razones,
 De improviso oyé quejarse
 Con descompuestos clamores
 Y desentonados ayes
 A la negra referida,
 La que con ansias mortales,
 Cercada de confusiones,
 Y con fieros ademanes,
 Alborotaba la casa.
 Acudió en breve Don Jaime
 A ver á su negra dama,
 La que con voz formidable
 Dijo: —Atiéndanme, señores:
 Sepan el delito grave,
 El mayor desatentado
 Que ha podido imaginarse.
 Yo soy la que pretendí
 Lograr los vicios carnales
 Con aquel desventurado